RESEÑAS

ANTONIO LLORENTE MALDONADO DE GUEVARA, *Gramática general y lingüística. Tres ensayos sobre ciencia del lenguaje*, Universidad de Granada, 1963; 227 pp. (*Colección Filológica*, 22).

La Universidad de Granada cuenta desde hace años con el concurso de dos magníficos filólogos. Me refiero, obviamente, a los profesores Manuel Alvar y Antonio Llorente. Este último había publicado ya, dentro de la misma *Colección filológica* de la universidad granadina que dirige M. Alvar, dos interesantes trabajos de carácter lingüístico, [1] al que el libro que ahora comentamos sirve, en cierto sentido, de complemento. De gran utilidad deben haber sido los dos primeros ensayos para los estudiantes, y aun los profesores, de las universidades españolas, ya que en ellos se hacía una clara y bien orientada exposición de algunos de los principios y problemas capitales de la lingüística contemporánea, a la vez que se difundían las originales doctrinas gramaticales de Hjelmslev, poco conocidas entonces en la Península. En la misma trayectoria cabe situar la obra que ahora nos ocupa, y que supera —si cabe— a las precedentes en claridad, interés y riqueza de contenido. De los tres ensayos o capítulos que la constituyen es, a mi juicio, el primero el de mayor belleza y el que mejor nos permite apreciar la inteligencia —y la sensibilidad— de Antonio Llorente. Con el subtítulo de "Lenguaje, poesía y concepción del mundo" (pp. 5-52), se hace en él una luminosa síntesis de la concepción alemana del lenguaje, como medio de conocimiento, de expresión y de creación poética. En esta época de casi general predominio de la lingüística formalista, deshumanizada, resulta aún más atractiva y sugerente la consideración idealista —espiritualista— del lenguaje, que caracteriza a la escuela alemana. Y Llorente deja traslucir su entusiasmo (que modestamente comparto) por esa interpretación esteticista y profunda de Cassirer, Vossler, von Kleist y Spitzer entre otros. Las páginas finales de este primer ensayo, en las que Llorente muestra la afinidad existente entre el lenguaje, la mística y la poesía, son de una notable belleza, están

1 *Los «Principios de gramática general» de Hjelmslev y la lingüística*, Granada, 1953; *Morfología y sintaxis: El problema de la división de la gramática*, Granada, 1955. El profesor Llorente ha colaborado estrechamente con Alvar en el levantamiento del magnífico *Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía*, y participa actualmente en la realización del *Atlas lingüístico de Aragón*.

cargadas de emoción, y revelan una fina sensibilidad. La misma que había permitido a Jespersen definir el lenguaje con las palabras con que se inicia, precisamente, ese primer capítulo: "El lenguaje es, en definitiva, un arte, una de las más finas y perfectas artes."

Rico también en ideas, en comentarios y en apreciaciones es el segundo de los ensayos que se reúnen en el libro: "La *Gramática general* como disciplina académica y como capítulo de la ciencia del lenguaje" (pp. 53-118). Siendo tantos y tan variados los problemas lingüísticos a que en él se alude, resulta lógico que algunas de las afirmaciones aquí incluidas se presten a comentarios y sugieran multitud de consideraciones. La importancia de los temas tratados es una invitación a la meditación, al cambio de opiniones y a la confrontación de puntos de vista. Algunas expresiones un tanto radicales podrían hacer pensar que Antonio Llorente sostiene la necesidad de separar —inclusive de oponer tajantemente— la lengua de la lógica. Cosa de que se declaran partidarios no pocos autorizados lingüistas modernos, pero que no puede ser, en el fondo, la que sostenga el profesor Llorente. Antinomia posible sólo si entendiéramos por *lógica* la estricta disciplina filosófica, pero no si identificamos esa palabra con *razón*, con pensamiento lógico. Siendo el lenguaje —al menos en parte— un medio de conocimiento, como quieren los lingüistas y filósofos alemanes, un "método de pensar", como indicó ya el español Hervás y Panduro, no tiene por qué ser, necesaria y fatalmente, contrario a la lógica. Si el idioma, como bien señala Llorente, "en vez de ser reflejo del pensamiento, lo que hace es conformar, modelar, estructurar la mentalidad" (p. 28), no puede ser estrictamente *ilógico*, aunque tampoco tenga por qué supeditarse a los dictados de la lógica.[2] Parece aconsejable suponer que exista una estrecha relación entre el lenguaje y su producto primero, el pensamiento o la razón. Podría tal vez decirse que el lenguaje no es "lógico" por cuanto que su esencia, su estructura, sus elementos no coinciden ni tienen por qué amoldarse (supeditarse) a las categorías ni a los elemen-

[2] A este respecto, se echa de menos en la rica bibliografía reunida por Llorente, el preciso trabajo de Eugenio Coseriu sobre *Logicismo y antilogicismo en la gramática*, publicado por el Instituto de Filología de la Universidad del Uruguay hace algunos años (Montevideo, 1957), y recogido ahora en su libro sobre *Teoría del lenguaje y lingüística general* (Madrid, 1962), que Llorente cita, aunque advierte que no lo había podido utilizar al preparar su ensayo.

tos de la "lógica" filosófica, pero no podría establecerse antinomia violenta entre lenguaje y "lógica" humana o razón, ya que ésta depende en gran medida —si no es que en su esencia— de la lengua que la ordena y conforma. Que Llorente comparte esta interpretación parece quedar claro en el último ensayo de su libro, cuando escribe: "La rehabilitación del aspecto teórico-filosófico de la Lingüística está relacionada también con el reconocimiento que ha tenido lugar, en los últimos decenios, del carácter eminentemente lógico del lenguaje (lo que no quiere decir que el lenguaje sea dependiente de la lógica, ni mucho menos, ni tampoco que las categorías lingüísticas sean reflejo de las intelectuales), como consecuencia natural y necesaria del carácter esencialmente lógico, categorizador y racional del hombre: el lenguaje es una manifestación típicamente humana. El reconocimiento del carácter lógico del lenguaje está implícito en las cencepciones lingüísticas del idealismo humboldtiano representadas principalmente por la teoría de la forma interior del lenguaje" (pp. 157-158). Parece también adherirse a la interpretación logicista de Amado Alonso al concluir que "actualmente no se puede intentar una explicación de los fenómenos lingüísticos, ni siquiera de los estrictamente gramaticales, sin tener una formación filosófica, concretamente lógica y epistemológica, sin conocer las teorías de los grandes filósofos, lógicos y psicólogos que han estudiado el lenguaje" (p. 159). Lo cual, evidentemente, no supone negar, ni siquiera rebajar, la importancia de los demás factores que intervienen en el hecho lingüístico: sociales, históricos, culturales, afectivos, formales, etcétera. En las primeras líneas de su libro ha dejado ya constancia Llorente de su concepto del lenguaje como un complejo sumamente rico y variado: "Porque si el lenguaje tiene bastante de arte y bastante de comunicación, posee, además, otras muchas facetas; nada más equivocado que pretender definir y caracterizar el lenguaje basándose, exclusiva o preferentemente, en alguno de sus muchos caracteres; nada más inútil: el lenguaje es, por naturaleza, una realidad complejísima, y totalmente desacertado será cualquier intento de simplificar esta esencial complicación" (p. 8).

Para el profesor Llorente sería factible establecer una identificación entre *lingüística* y *gramática*. Dice, por ejemplo: "La palabra *Gramática* puede significar, ha significado y, de hecho, significa hoy, también, 'Lingüística'. El concepto amplio de la *Gramática* se confunde con el de *Lingüística*" (p. 69). Esta iden-

tificación se practica, en efecto, entre la mayoría de los lingüistas —gramáticos— norteamericanos. Y no deja de parecerme un poco caprichosa o, al menos, parcialmente inadecuada. No veo qué inconveniente grave puede existir para continuar usando el término *lingüística* en su sentido amplio, en el de ciencia que se ocupa de todas y cualquiera de las manifestaciones de esa potencia humana que llamamos lenguaje. Potencia o capacidad comunicativa que puede materializarse de muchas formas: por medio de los gestos, de la danza, de jeroglíficos, de la palabra... Tan lingüista —aunque no estrictamente gramático— podría considerarse quien estudie el aspecto social o histórico del lenguaje, como el que analice el contenido artístico de la lengua (estilística) o el dialectal, o el léxico, o el simbólico de la mímica. Simplemente, me parece cómoda y práctica la distinción entre *lingüística* (estudio de los procedimientos comunicativos del hombre, en cualquiera de sus modalidades: histórica o dialectal, lexicológica o fónica, etcétera) y una de esas modalidades particulares de la lingüística, llamada tradicionalmente *gramática* (estudio del sistema de expresión oral). No deja de advertirlo así el propio Llorente al caracterizar a la escuela de Hjelmslev, precisamente, por esa tendencia a la identificación entre lenguaje y gramática (p. 135). Simple cuestión de nomenclatura, ya que las ideas expuestas por Llorente en ese segundo capítulo de su libro me parecen siempre, en el fondo, enteramente satisfactorias y convincentes; tal vez por reflejar un inteligente eclecticismo, nada fácil en estos tiempos de posturas extremistas y radicales. [3]

Al hacer, en la tercera y última parte del libro, una breve pero densa historia de "La lingüística contemporánea (1928-1950)", destaca con acierto la aportación de los principales lingüistas europeos, a partir de Saussure. No así de los norteamericanos, cuya labor apenas encuentra acogida ni comentario. Es muy probable que el profesor Llorente no tenga excesivo aprecio

[3] Dice: "Una teoría general del lenguaje acertada será la que tenga en cuenta todos estos factores y no olvide ni menosprecie ninguno de ellos, será la que considerando todos estos diversos aspectos que ofrece el complejísimo fenómeno del lenguaje, se nos presente haciendo uso de un ponderado eclectiticismo, eclecticismo que no es otra cosa que el resultado de una observación desapasionada, fría, objetiva, del hecho humano trascendental que es el lenguaje. Este eclecticismo teórico y metódico es el que, en nuestra opinión, hace que Wartburg, Bühler, A. Alonso, el mismo Meillet, hayan visto con más claridad que nadie el hecho del lenguaje, superando las deficiencias, los errores en que, por tener una visión apasionadamente unilateral del fenómeno del lenguaje, incurren Vossler, Saussure, Bally, Husserl, Séchehaye" (p. 108).

por las doctrinas gramaticales norteamericanas, cosa que me parecería comprensible en muchos aspectos; pero los esfuerzos realizados en los Estados Unidos desde la época de Sapir o de Bloomfield, el intenso cultivo de la lingüística que allí se practica, los abundantes estudios descriptivos de multitud de lenguas hasta ahora casi ignoradas, y aun el extremismo de ciertas doctrinas lingüísticas, bien habrían merecido un comentario más extenso, aunque hubiera sido contrario y desfavorable.[4]

No cumplo simplemente con una fórmula ritual al felicitar a Antonio Llorente por este bello y útil libro, tan rico en información como sugerente en ideas y brillante en apreciaciones. Es un acto de reconocimiento y de estricta justicia.

JUAN M. LOPE BLANCH

EUCLIDES JAIME GONZÁLEZ, *Contribución al vocabulario de colombianismos*, Cucuta, 1964; 204 pp. (*Biblioteca de Autores Nortesantandereanos*, núm. 9).

Los estudios dialectales tienen ya en Colombia, gracias al Instituto Caro y Cuervo, una vigorosa y admirable tradición. Ninguna otra modalidad del español americano ha sido tan sistemáticamente estudiada, durante los últimos años, como el español colombiano. Sorprende, por ello, un poco la aparición de una obra como la del profesor Jaime González, tan distinta en orientación y alcance de las que se han estado publicando últimamente en Colombia. Por supuesto que el *Vocabulario* que ahora comentamos tiene, como toda obra que sobre el español de América se imprima, indudable interés. Pero las deficiencias metodológicas que en él se aprecian menoscaban gravemente su valor y su utilidad.

El autor de este vocabulario se ha limitado a recoger y ordenar alfabéticamente los colombianismos —y también muchas voces

[4] En cambio, tengo a veces la impresión de que Llorente se inclina a sobrestimar un poco la importancia que como lingüista —como *teórico* del lenguaje— tuvo el, por otros mil aspectos, admirado y admirable Amado Alonso. Su nombre figura varias veces a la par de lingüistas como Hjelmslev, Jespersen, Vossler (p. 159), etcétera. Su obra, colosal y de verdadero maestro en tantos dominios de la filología hispánica, no me parece que tenga la misma trascendencia ni originalidad en el terreno estricto de la teoría lingüística.